

DISCURSO

PARA EL DÍA 24 DE MAYO.

VIRTUDES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

VIRTUDES TEOLÓGICAS.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Virtudes de María hasta la muerte de su Divino Hijo.

SUBDIVISIONES.—1. Estado de su corazón.—2. Sus pensamientos.—3. Su fe.—4. Su reconocimiento.—5. Su fidelidad.—6. Su humildad.

PUNTO SEGUNDO.—Virtudes de María después de la muerte de su Divino Hijo.

SUBDIVISIONES.—1. Su discreción.—2. Su resignación.—3. Su recogimiento.—4. Su celo.—5. Su amor á Dios.—6. Complemento de sus virtudes.

Dominus contulit ei splendorem, ut incomparabili decore omnium oculis appareret.

El Señor la dió esplendor, para que apareciese á los ojos de todos con una belleza incomparable.

(JUDITH. x. 4.)

Al hablar, H. M., de la belleza de María, no nos referimos á las dotes puramente naturales con que, según los antiguos Padres Gregorio Nazianceno, Anselmo y Gregorio de Nisea, quiso el Cielo distinguirla, entre todas las demás criaturas, para que todo en ella fuese un conjunto bello y armonioso; es decir, que á la vez que su alma estuviese adornada de todas las gracias celestiales, lo estuviese también su cuerpo de aquellas prendas que constituyen la belleza física. Aquí vamos á concretarnos principalmente, no á las cualidades que fijan las miradas y atraen la admiración de los hombres, cosa poco importante á los ojos de esta prudentísima Virgen, sinó á la belleza del alma, que era la que María trataba siempre de aumentar y hacer más agradable á Dios, único fin de sus aspiraciones. Esta fué la causa de que San Bernardo la comparase á un astro maravilloso que ilumina y da calor y aliento á los habitantes de la tierra, y lo

que hizo decir á San Juan Crisóstomo, que ella era la más perfecta imagen de las perfecciones divinas. Para que podamos formarnos de ella siquiera una idea remota, dirijamos una mirada llena de respeto y admiración hacia todas las circunstancias de su vida admirable, siguiendo á María, primero hasta la muerte de su Divino Hijo, y después hasta la suya propia y su glorioso triunfo.

¡Oh Virgen incomparable! yo sería el más temerario de los hombres si tratase de establecer la más mínima comparación entre vuestras virtudes y el débil cuadro que de ellas puedo y me propongo trazar. Pero me anima, Señora, la confianza de que una Madre como Vos juzga á sus hijos más por el corazón que por las palabras. Vos sabéis, Madre mía, que mi corazón es todo vuestro. Haced que mi lenguaje, por desproporcionado, por indigno que sea de referir vuestros méritos, reanime en este auditorio el amor y la fe que todos os debemos diciendo:

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

VIRTUDES DE MARÍA HASTA LA MUERTE DE SU DIVINO HIJO.

Aquí, M. A. H., vamos sólo á considerar en María aquellas virtudes que pueden proponerse á nuestra imitación, sin detenernos á hablar de las gracias especiales que por elección divina la hicieron merecedora del único y admirable privilegio de ser la Madre de Dios. Así, pues, que haya sido concebida sin la mancha común del pecado original; que desde el seno mismo de su madre recibiese ya la plenitud de la razón con un destello divino, correspondiente á la gracia con que había sido enriquecida (S. Lig., *Glor. di Mar.*, disc. 2; La Colombière, *Serm.* 31), son favores que sólo nos toca admirar con el corazón lleno de gratitud hacia el que los ha dispensado. Lo que sí debe encantarnos, al par que reanime nuestro celo, es el considerar que María, tan pronto como pudo usar de su razón, se consagró á Dios enteramente y sin reserva alguna. Sí, H. M., desde aquel punto consagró su corazón al amor divino; su espíritu á la santa presencia de Dios, y á la oración por consiguiente; su inteligencia á la fe; su memoria á la gratitud; su cuerpo y sus sentimientos á la pureza; su gloria á la humildad, y su valor á la resignación y la paciencia. Hé aquí en lo que María es y debe ser nuestro modelo; hé aquí en lo que debemos imitarla, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, si, como dice San Jerónimo, queremos probar el amor que la tenemos: *Tunc vere amatis, si imitari volueritis quam amatis.*

Según San Buenaventura, María desde la edad más tierna, y sólo por el amor divino de que su pecho estaba siempre abrasado,

obligaba á los demonios que hubieran tratado de acercársele, á huir de aquel foco ardiente de caridad: *A sua inflammata charitate pallebantur, ut non ausi sint illi appropinquare*. Pero al paso que los demonios huían de María, dice Ricardo de San Víctor, los Serafines podían bajar del Cielo para aprender á amar á Dios en aquel corazón abrasado: *Seraphim a caelo descendere poterant ut amorem discerent in corde Virginis*. Estaba tan penetrada del divino amor, como lo está del fuego un hierro por él enrojecido (S. Ildef). Amor constante, que ni aún el sueño era capaz de interrumpir: *Cum quiesceret corpus, vigilabat animus* (S. Ambr.); amor más poderoso que la muerte misma, que no hubiera tenido dominio alguno sobre ella si Dios no le hubiese dado la fuerza suficiente para separar su bella alma de su sagrado cuerpo. Acerquémonos, M. A. H., acerquémonos á ese corazón inflamado por la divina llama; él por lo menos nos hará avergonzarnos de nuestra frialdad é indiferencia hacia un Dios á quien nunca amaremos bastante si no le consagramos un amor sin medida, como dice San Bernardo.

Del corazón abrasado de María pasemos á considerar los pensamientos de su alma. Un Evangelista nos la representa completamente absorta en la consideración y meditación de las cosas divinas: *Mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo*. (Luc. II, 19, 51). Sus santos pensamientos la acompañaban de continuo; reducíase su ambición á comprender la voluntad divina, y era su único deseo el adelantar cada día más en el conocimiento de su Dios: *Bonas comites cogitationes habebat; discere præcepta Domini, Deum scire*. (S. Ambr.). ¡Oh cuán bella y encantadora le parecía entonces la virtud, y cuán horrible y repugnante el vicio! ¡Cuán grande y santo y adorable le parecía Dios, y cuán continuas eran sus protestas de constante amor y de eterna fidelidad! Hubiera querido consagrarle con el suyo todos los corazones. Su vida no era otra cosa que una contemplación, y una unión íntima y constante con él: *Fere totam vitam in contemplatione transegit*. (Suárez). Nada podía distraerla de aquella ocupación de su espíritu, aunque en el exterior no hubiese en su vida nada que no fuese sencillo y ordinario. Los Padres de la Iglesia San Jerónimo, San Epifanio, San Anselmo y el Venerable Beda nos la representan dedicada á todos los cuidados y quehaceres domésticos, empleando el tiempo con una asiduidad constante en cuanto exigían el buen orden, la limpieza y decoro de su casa. Pero la más insignificante de sus acciones, por la santidad de los motivos que la acompañaban, valía infinitamente más á los ojos del Señor que todos los padecimientos de los mártires. San Ambrosio hubiera querido que, á ejemplo de María, las almas fieles que aspiran á la santidad adquiriesen la dichosa costumbre de la santa oración y de la presencia divina. Dios es nuestro último fin: bienaventurado el que, despreciando el mundo y sus preocupaciones, levanta habitualmente su espíritu y su corazón al único objeto digno de sus deseos, haciéndolo el árbitro de todos sus pensamientos: *Arbitrum mentis non hominem, sed Deum querere*.

La fe de María era tan perfecta, que San Ambrosio la compara con una bandera, al rededor de la cual deben agruparse todos los cristianos: *Vexillum fidei*. (S. Ambr.). Ya San Ireneo había dicho, que las cadenas formadas por la incredulidad de Eva fueron quebrantadas por la fe de esta Virgen: *Quod Eva ligavit per incredulitatem, Maria solvit per fidem*. (Iren.) Tertuliano emplea también casi el mismo lenguaje: *Crediderat Eva serpenti, Maria Gabrieli; quod illa credendo deliquit, hæc credendo delevit*. (Tertul.). Y el mismo San Agustín dice que la fe de María fué la que nos abrió el Cielo cuando consintió en las palabras del Angel: *Fides Mariæ caelum aperuit, cum Angelo consentit*. Al considerar los ardientes suspiros con que esperaba y llamaba al Mesías antes de saber que ella misma había de ser su madre, comprenderemos con cuánta sumisión acogería la dichosa nueva cuando le fué anunciada. María pregunta, porque lo ignora, cómo se cumpliría aquel misterio, pero nó cómo podrá cumplirse, porque está íntimamente persuadida de que todo es posible para Dios. Tan luego como Gabriel habla, la Virgen inclina su frente confesándose humilde sierva del Señor. No penetra en su alma ni la más ligera duda, aunque el hecho que viene á anunciársele trastorna todas las leyes ordinarias de la naturaleza. Sara no había podido persuadirse de que llegaría á ser madre en la vejez: María no duda de que ella dará al mundo un Redentor sin perder un átomo de su virginidad. Esta fe viva fué luego celebrada en estos términos: «Bienaventurada tú que creiste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.» (Luc., I, 45). La Iglesia atribuye á la fe de María los triunfos que sobre las herejías todas han de conseguirse hasta el fin de los siglos: *Cunctas hæreses sola interemisti in qua fides nunquam defecit*. Por eso Santa Teresa exclamaba en medio de sus más fervorosas oraciones: ¡Oh María, aumentad en nosotros la fe! Adoptemos la misma súplica de esta santa Doctora, y la Virgen, modelo de fidelidad, cuya fe no se entibió nunca, ni por un solo instante, alcanzará para nosotros la gracia de que permanezcamos firmes en esta virtud, sin la cual no puede agradarse á Dios (Hebr., VI, 6), y con la cual triunfaremos fácilmente de todas las asechanzas del mundo: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra*. (I. Juan, V, 4.)

No ha existido, M. A. O., ni existe, ni existirá sobre la tierra quien sea capaz de expresar hasta dónde llegaba la gratitud de María hacia Dios por los beneficios que de El había recibido. Sin duda hubiera deseado poderla manifestar sin reserva, para que todos los corazones se uniesen al suyo en la acción de gracias que continuamente dirigía al Cielo; pero aquellos grandes y sublimes misterios de amor no debían ser patentizados tan pronto. La Virgen, tan prudente como discreta, se impuso un silencio inviolable, y ni aún el mismo José fué instruído de las maravillas del Todopoderoso hasta que un Angel fué enviado para manifestárselas. Lo único que María pudo hacer sin indiscreción, fué ir á exhalar los sentimientos de su corazón junto al de su prima Santa Isabel, á quien el Angel había ya anunciado que

daría á luz muy pronto al Precursor del Mesías. La Virgen se encaminó apresurada á la montaña donde Isabel habita (Luc., I, 39.), inspirada en esta resolución por el Espíritu Santo, y en alas de la divina caridad que abrasa su pecho. Infinitas eran las gracias que la presencia de María iba á derramar en aquella casa, tan humilde como dichosa. Isabel, iluminada por el Cielo, no puede ocultar los arrebatos de su piadoso júbilo al ver á su prima, y exclama: «¿De dónde viene á mí la felicidad de que la Madre de mi Señor me visite?» (Id. 43). «Yo soy, dijo entonces María, la que debo celebrar los beneficios de Dios, mi Salvador, porque se ha dignado mirar la bajeza de su esclava, y ha obrado en mí tan grandes cosas, que todas las generaciones me llamarán bienaventurada.» (Id. 46, 47, 48, 49). La Iglesia repite todos los días el sublime cántico de la Madre de Dios para enseñarnos con su ejemplo á ser agradecidos: porque no era solamente María la que debía recoger el fruto del divino misterio de la Encarnación, sino que debía participar de él todo el universo. ¡Desgraciados los hombres que no saben apreciarlo! ¡Ah, Señor! la vida eterna consiste en conoceros y en conocer á Jesucristo, á quien vos habéis enviado. (I Joan. v, 4).

Preciso es confesar que ninguna criatura humana tenía hacia Dios tantos motivos de gratitud como María; porque, como dice San Lorenzo Justiniano, ella había recibido una inmensa comunicación con la Divinidad, comunicación de honra, de mérito, de gracia y de gloria. Pero, ¿quién no admirará la fidelidad de la Santísima Virgen en corresponder á los favores celestiales? Sin haber recibido para ello consejo alguno, sin ejemplo anterior que imitar, consagra su virginidad al Señor, y emprende una vida de pureza, desconocida hasta entonces, que será imitada, como dice Alberto Magno, por todas las vírgenes cristianas que vendrán después de ella: *Virgo virginum... sine consilio, sine exemplo, munus virginittatis Deo obtulit, et per sui imitationem omnes virgines germinavit.* (Alb. Magn.). María se asemejaba á un hermoso lirio cercado de abrojos; y eran tales los destellos de su pureza, que bastaba dirigir hacia ella los ojos para sentir amor á esta virtud, según dice Santo Tomás: *Pulchritudo Mariæ intuentes ad chastitatem excitabat.* Esto os hará comprender, M. A. H., que el medio más seguro de agradar á esa purísima Señora y de merecer su protección, es imitarla en la práctica de una virtud que le es tan querida.

¿Y qué diremos de la humildad de María? Nada es más difícil, dice San Bernardo, que hallar esta cualidad en las personas colmadas de gloria y de honores: *Magna prorsus et rara virtus humilitas honorata.* ¿Qué faltaba á María, si se considera bajo este concepto? Cuanto más se complacía Dios en elevarla, ella formaba mayor empeño en humillarse á los ojos de todo el mundo. Nadie, excepto el Hijo de Dios, dice San Bernardino de Sena, llegó á tan alto grado de gracia; nadie tampoco descendió á un abismo de humildad tan profundo: *Sicut nulla, post Filium Dei, creatura tantum ascendit in*

gratia dignitatem sic nec tantum descendit in abisum humilitatis (San Bernard. Sen., t. II, s. 51, c. 3). María comparaba la grandeza y majestad de Dios con su propia pequeñez y no podía menos de exclamar: ¿Qué ha encontrado el Señor en mí que sea digno de tantos favores? ¡Ah! las gracias de que me ha colmado todas le pertenecen; suya es toda la gloria; esta es la razón por la que dice San Bernardo que María, queriendo ser la última de las criaturas, mereció ser la primera: *Merito facta novissima prima, quæ cuna prima esset, novissimam faciebat.*

De esta humildad de la Virgen nacía, como de una fuente natural y pura, su interesante modestia, que San Ambrosio ha sabido celebrar de una manera tan elocuente. «Sus palabras, dice el Santo, estaban llenas de circunspección y de reserva: *Verecunda sermone*; «jamás ofendió con ninguna de ellas ni á la persona más indigna:» *non lædere reos*; «benévola para todo el mundo, se levantaba siempre delante de los mayores, en señal de respeto:» *bene velle omnibus*; *asurgere majoribus natu*; «jamás tuvo envidia ni celos de ninguna persona de su clase:» *æqualibus non invidere*; «nunca el desdén apareció en sus miradas:» *nihil torcum in oculis*; «ni hubo en sus palabras cosa alguna de procacidad ni de dureza:» *nihil in verbis procax*; «ni acción alguna en ella que careciese de modestia y compostura:» *nihil in actu inverecondum*; «jamás salía de su casa sinó para dirigirse al templo, y esto lo hacía siempre acompañada de sus padres y su familia:» *parodire domo nesciat, nesciat, nisi cum ad ecclesiam conveniret, et hoc cum parentibus et propinquis.* ¡Ojalá que las personas que se honran con el título de servidores de María la imitasen todo lo posible en cuanto á su humildad y su modestia!

Consideremos por último á esta gran Señora, como modelo de paciencia y resignación. No ha faltado quien trate de inquirir si tuvo María más motivos de regocijo que de tristeza; pero esta discusión es de poquísima importancia. Siendo, como es, la Reina de los mártires, *Regina martyrum*, ¿quién duda que una espada de inmenso dolor ha traspasado su alma? No nos proponemos, ni este es lugar á propósito para examinar lo mucho que debió sufrir en vista de las iniquidades del mundo, y de las humillaciones, oprobios, tormentos y hasta la muerte cruel de su adorable Hijo. Lo cierto es que el espectáculo horrible de la escena del Calvario, que hizo que se eclipsase el sol, que se abriesen las rocas y que temblara la tierra, no alteró la calma y tranquilidad de su alma valerosa, como asegura San Ambrosio en estas palabras: *Dum terra tremuit, sola impavida remansit.* Los hombres más intrépidos huían consternados, mientras María permanecía inmóvil al pie de la Cruz de su adorable Hijo. *Stabat mater fugientibus viris intrépida.* Sirvanos por lo menos su heroico ejemplo para llevar con resignación nuestras penas, que tan leves son, comparadas con las suyas; y ya que la hemos seguido hasta la muerte de su Hijo, nuestro amado Redentor, sigámosla ahora hasta el momento en que exhaló su último suspiro.